

## “VI. Los laureles del descubrimiento”

p. 129-148

*Historia de la fiebre amarilla*  
*Nacimiento de la medicina tropical*

François Delaponte

Georges Canguilhem (presentación)

Luz María Santamaría (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines

1989

168 p.

Fotografías

ISBN 968-6029-07-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de abril de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/247/fiebre-amarilla.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Capítulo VI

### LOS LAURELES DEL DESCUBRIMIENTO

Muy pronto Finlay dirá que se anticipó a los norteamericanos y Reed dará una versión histórica en la cual se encontrará ausente el médico cubano. Veremos cómo Finlay y Reed no supieron dirimir sus responsabilidades en la historia del descubrimiento. Fue por un motivo muy sencillo, el no comprender que los trabajos de la Comisión podían haber confirmado e invalidado la hipótesis del mosquito como agente de transmisión. Las exigencias de la lógica los llevaron a optar por la tesis más conveniente para ellos y a desarrollar todas sus implicaciones. Por eso hubo reconstrucciones ficticias.

Los historiadores erigieron sus leyendas basándose en ellas. Por una parte, los cubanos hicieron resaltar la obra de Finlay y desmerecer la de Reed. Por otra parte, los norteamericanos realizaron la operación contraria. Para lograr sus objetivos, ambas partes siguieron los mismos procedimientos. Adoptando el método de negar cualquier originalidad a un investigador, le descubrieron precursores; en cambio, para atribuirle a otro una gran originalidad, bastó con aislarlo del contexto científico de la época.

Estas leyendas, extremadamente pobres (pues los historiadores ocultaron la complejidad de la historia), fueron utilizadas con otros fines. Veremos en especial cómo los nombres involucrados fueron mezclados en seguida en un contexto político. Así, seguiremos el extraño destino de estas dos figuras altamente simbólicas, haciendo una lectura entre líneas de las tormentosas relaciones entre Estados Unidos y Cuba.

#### Las primeras interpretaciones

La Habana, diciembre de 1900, Wood, el gobernador general, organiza un banquete en honor de Finlay. Todo el mundo se encuentra presente, tanto la élite cubana como los oficiales del ejército

norteamericano y los miembros de la Comisión. En su discurso, Guiteras evita con habilidad herir susceptibilidades: “La gloria es lo bastante grande, doctor Finlay, como para que fácilmente la comparta con quienes completaron su obra”.<sup>1</sup> Pero entre el médico cubano y Reed la antipatía es recíproca, pues la gloria no se comparte. Para Finlay, fueron bajos los motivos que impulsaron la empresa de la Comisión y la muerte de Lazear no la honra. En un delirio epistolar, Finlay y Delgado dan rienda suelta a su fantasía: “Parece que ha llegado el momento en que el mosquito, con su pequeña trompeta, va a tocar mi himno de gloria”.<sup>2</sup> Para Reed, el médico cubano sufrió un fracaso. El norteamericano no duda en atribuirse la paternidad del descubrimiento y escribe en una carta a su esposa: “Alégrese junto conmigo, querida mía... pues podría alegrarme de que el Cielo me haya concedido descubrir la sorprendente forma en que se propaga la fiebre amarilla”.<sup>3</sup> Se podía explicar esta actitud como una frustración, al ver Finlay cómo otro realiza el proyecto concebido por él y Reed emprende un trabajo cuya idea inicial le es ajena. Pero había que renunciar a esto.

Muy pronto la discusión se vuelve pública. Finlay y Reed publican artículos bien fundamentados y tan persuasivos como era posible. Finlay afirma haberse anticipado a los resultados de la Comisión y reivindica enérgicamente sus derechos de prioridad. En cuanto a Reed, se atribuye todo el mérito del descubrimiento y da a entender que no le debe absolutamente nada al médico cubano. No obstante, las cosas eran bastante claras. A Finlay corresponde el crédito de la idea del mosquito como agente de propagación del mal, pues hacía ya varios años que había formulado su hipótesis. Pero por otra parte, corresponde a la Comisión Norteamericana el haber verificado la teoría sobre el mosquito como huésped intermediario del parásito.

No puede confundirse lo dicho y sostenido por Finlay desde 1881 con lo dicho y probado por la Comisión Norteamericana en 1900.

Después de todo, Reed y Finlay estaban muy conscientes del significado y de las limitaciones de sus respectivas contribuciones. Reed sabía muy bien lo que le correspondía al médico cubano: “Sin embargo, es al Dr. Carlos Finlay de La Habana a quien se le debe dar todo el crédito de la teoría sobre la propagación de la fiebre amarilla a través del mosquito”.<sup>4</sup> Por su parte, Finlay sabía lo que

les correspondía a los norteamericanos: “Yo no había comprendido, es cierto, la necesidad de un periodo de incubación en el mosquito”.<sup>5</sup> En resumen, Reed sabía que el médico cubano había dado las indicaciones y Finlay que la designación del mosquito como huésped intermediario constituía una innovación. ¿Por qué entonces hicieron tantos esfuerzos por atribuirse más de lo que aportaron realmente? Reed y Finlay no comprendieron la tesis de epistemología histórica implícita en el reparto de responsabilidades, según la cual la intervención norteamericana justificaba y descalificaba la hipótesis del médico cubano *a posteriori*. Ahora bien, hay dos formas de comprender esta tesis: o bien suponer que proporciona los fundamentos para establecer las responsabilidades correspondientes, y entonces nos ahorramos el debate; o bien creer que nos da fundamentos para no delimitarlas, en cuyo caso la discusión será inevitable.

En el primero de los casos, se debe disipar una contradicción aparente. Reconocer el valor de la hipótesis del médico cubano no excluye recordar sus limitaciones. Esta hipótesis es la yuxtaposición de dos líneas, una vinculada con la actualidad de su función y la otra con la inactualidad de su contenido. La hipótesis de Finlay se justificaba por lo que hacía entrever (la relación entre el insecto y la propagación del mal), pero se descalificaba por lo que afirmaba (la existencia de un transporte mecánico). A partir de este punto, se entiende por qué la Comisión Norteamericana tenía que conocer los trabajos de Finlay para descartarlos posteriormente. Durante el contacto se recibieron la indicación y el objeto, pero fue con Ross que la Comisión encontró la hipótesis de trabajo.

En el segundo de los casos, se debe disipar una contradicción real. En la descalificación de su hipótesis, el médico cubano vio la posibilidad de una descalificación global que implicaba el riesgo de excluirla de la historia. Finlay hizo a un lado ese peligro defendiendo el punto de vista de una justificación total: tenía que demostrar haber dado “conclusiones ciertas” y por consiguiente haberse adelantado a los norteamericanos. A la inversa, Reed vio en la justificación de la hipótesis de Finlay la posibilidad de una justificación global que también implicaba un riesgo, el de su propia eliminación en el aspecto histórico del problema. Reed conjuró el peligro defendiendo el punto de vista de una descalificación total. Debía demostrar el error de Finlay y, por consiguiente, que la Comisión había ideado la teoría del mosquito independientemente de

Finlay. La disputa subsecuente sobre la prioridad es tan sólo un efecto superficial de este problema.

En primer lugar, Finlay defiende el punto de vista de una justificación total. Pero el médico cubano sabía muy bien que no le pertenecía el concepto del huésped intermediario. Para vencer esta dificultad, Finlay decía haber contemplado este concepto y recordaba lo que había escrito en 1886: “El aguijón parece retener esporas microscópicas de hongos... el aguijón del mosquito puede constituir el medio apropiado para la conservación e incluso para el cultivo de dichos gérmenes. ¿Y no será acaso el ‘huésped intermediario’ necesario en alguna fase de su desarrollo?”.<sup>6</sup>

Pero el examen del contexto muestra que, en esa época, Finlay abordaba un proceso relacionado con el aumento de la cantidad de materia mórbida. Para el médico cubano debía producirse un ataque grave después de varios piquetes o de uno solo de un mosquito ya infectado de tiempo: “Los gérmenes habían tenido tiempo para desarrollarse más abundantemente... acrecentándose proporcionalmente la virulencia de la infección”.<sup>7</sup> De ahí la respuesta a la objeción de Corre, de acuerdo con la cual no bastaba con un solo piquete para producir un caso grave y, en 1891, la explicación que se dio a la epidemia de Saint-Nazaire, al afirmar que los gérmenes tuvieron tiempo de proliferar durante la travesía. Pero no se debe perder de vista el punto esencial. La equivalencia postulada entre un solo piquete y varios de ellos por un mosquito ya infectado de tiempo, excluía la idea de un ciclo. En cambio, esta equivalencia era correlativa a la idea rectora, sustentadora, de que un solo piquete de un mosquito infectado recientemente daba la dosis mínima capaz de provocar una ligera fiebre y la inmunidad.

Por lo tanto, Finlay no ignoraba la validez de la percepción del mosquito como una jeringa virtualmente graduada, que constituirá el pivote de su doctrina. Esto, por supuesto, arruinaba sus pretensiones de haber pensado anticipadamente en el concepto de huésped, pues en realidad recibió este término de Ross. Sin duda, por eso mismo introdujo una rectificación al insertar su declaración de 1886 en un nuevo contexto capaz de hacer aparecer el concepto de ciclo bajo esta expresión. En 1902, Finlay dice haber tenido esta idea al leer “una relación publicada en la *Botánica* de Van Tieghem (página 1035, edición de 1884) acerca del ciclo evolutivo de la vida del *Puccinia graminis* que me pareció sumamente interesante”.<sup>8</sup>

Pero esta nueva aclaración sobre la fuente de inspiración no debe ilusionarnos. Si la analogía con el ciclo de la *Puccinia graminis* hubiera sido tan esclarecedora, Finlay habría citado a Van Tieghem desde 1886. En realidad, Finlay encontró la expresión en Manson. Ya aparece escrita por él en 1882, al hablar de la filaria: “En el caso de dicho microzoario no parece posible la inoculación directa sino a beneficio de un huésped intermedio, según dicen los médicos ingleses”.<sup>9</sup> La referencia al *Tratado de botánica* ofrecía dos ventajas. Por una parte, permitía a Finlay no decir que había copiado la expresión de Manson. Por otra, facilitaba establecer una coherencia retrospectiva, pues Finlay vinculaba la supuesta función heurística de la analogía con su hipótesis de aquella época (un hongo como agente etiológico). A fin de cuentas, Finlay mismo barrió con esta versión engañosa al afirmar, en varias ocasiones, que había considerado el concepto de huésped tiempo después: “Desde 1898 formulé el principio... los gérmenes se multiplicarían en el cuerpo del insecto y finalmente invadirían sus glándulas salivares y venenosas”.<sup>10</sup>

Posteriormente, Reed adopta el punto de vista de una descalificación completa de la hipótesis de Finlay. Por lo tanto, se veía obligado a establecer su prioridad al demostrar que le pertenecía la idea de explorar la teoría del mosquito. Sin embargo, el médico norteamericano sabía muy bien que la indicación había sido dada por Finlay. Para vencer este obstáculo, Reed insistía en los fracasos del médico cubano: “En efecto, si nos dejamos guiar por los resultados obtenidos, la única conclusión lógica es que Finlay refutó su propia teoría”.<sup>11</sup> Puesto que lo verdadero excluye a lo falso, resultaba evidente que los norteamericanos no habían podido tomar en consideración la teoría de Finlay.

Por lo tanto, debía proponerse otro punto de partida. Al llegar a La Habana, la Comisión se había encontrado con la teoría de los fómites y la había rechazado a partir de las observaciones efectuadas en Pinar del Río. De ahí surgió la idea de contemplar a “algún insecto capaz de transmitir el padecimiento, como el mosquito... Sin embargo, sólo era una suposición”.<sup>12</sup> Pero el examen del contexto muestra la falta de credibilidad de esta versión. Tal como ya vimos, en esa época la Comisión tenía en mente el bacilo de Sanarelli.

Reed conocía perfectamente que, cuando la Comisión llegó a La Habana no había prestado la menor atención al problema de la



forma de propagación de la fiebre amarilla. Por eso estas aclaraciones sobre los motivos que despertaron el interés en la teoría del mosquito surgen *después*: “Usted (Carter) no debe olvidar que su trabajo en el Mississippi influyó en mí, más que ninguna otra cosa, en cuanto a la importancia del huésped intermediario”.<sup>13</sup> Al mes siguiente, Reed agrega el trabajo de Ross: “Si la transmisión de la malaria... requiriera la mediación de un germen específico del mosquito, legítimamente podría suponerse que la propagación de la fiebre amarilla... pudiera depender también de un agente similar”.<sup>14</sup>

Pero no debemos caer en el error. Si el trabajo de Carter y el de Ross hubieran sido tan iluminadores, Reed habría emprendido desde junio las investigaciones en esta dirección. De hecho, fueron los ingleses quienes le indicaron, en julio, el camino a seguir, y éste conduce a la hipótesis del médico cubano. El referirse únicamente a los trabajos de Carter y de Ross era doblemente ventajoso. Permitía a Reed no mencionar los nombres de quienes proporcionaron la cadena (Durham y Myers) y además podía saltarse el último eslabón (Finlay). Después de todo, la visita de la Comisión Norteamericana al médico cubano basta para descartar las pretensiones de Reed.

En resumen, Finlay y Reed realizaron una operación simétrica e inversa, consistente en desmembrar una tesis de epistemología histórica, en hacer prevalecer un solo punto de vista y en proceder al análisis en términos de verdad y error. Por una parte, Finlay introduce su hipótesis en el campo de las verdades científicas y demuestra haberse adelantado a los norteamericanos. Por la otra, Reed hace notar que la hipótesis de Finlay es falsa y demuestra que las investigaciones de la Comisión no concuerdan con las del médico cubano. De esta manera, Finlay y Reed se aseguraban un sitio privilegiado en la historia de esta cuestión. El primero, por temor a ver su obra injustamente relegada a un pasado obsoleto; el segundo, por miedo de ver su papel injustamente reducido al de verificador. Estas aprensiones eran legítimas. En cambio, la forma de disparlas de Finlay y de Reed lo fue mucho menos.

Estas primeras interpretaciones establecieron durante mucho tiempo la manera de considerar este descubrimiento. Al afirmar que se había anticipado a las conclusiones de los norteamericanos, Finlay indicaba una estrecha filiación entre sus trabajos y los de la Comisión. A la inversa, al establecer que las investigaciones

de la Comisión no tenían relación alguna con las del médico cubano, Reed realizaba un corte tajante. El primero legaba a los historiadores un principio de continuidad, el segundo un principio de discontinuidad.

### Historias legendarias

Los historiadores, atraídos por estas primeras interpretaciones, basaron en ellas sus enfoques históricos, aunque no sin extremar sus posiciones. Al quedar establecidos los principios de continuidad y de discontinuidad, el primero fundamentaba la investigación de los precursores y el segundo la de los fundadores. Los historiadores cubanos demostraron que Finlay se había anticipado a Reed. Puesto que el norteamericano no había dicho nada nuevo, Finlay era el fundador. Los historiadores norteamericanos, por su parte, demostraron que Finlay tenía una pléyade de predecesores; al no innovar el cubano, Reed resultaba ser el fundador. El ámbito de la discusión se aborda como un campo de dos valores: por una parte los discursos que pueden tacharse de repetitivos, y por otra aquellos que se deben considerar originales. Sobre el fondo de los primeros, los historiadores aislaron los segundos y, al mismo tiempo, celebraron el genio de los fundadores cuya obra inaugura un periodo auténticamente científico.

Los historiadores cubanos hablan de la obra de los norteamericanos como de un doblete de la de Finlay. Para demostrarlo, les basta con retomar la argumentación del médico cubano según la cual él había proporcionado todo: “Una a una, las conclusiones de la Comisión Norteamericana no hacen más que reproducir exactamente las concepciones y las ideas expuestas por Finlay”.<sup>15</sup> ¿Pero cómo llevó a cabo la Comisión sus trabajos confirmativos? El análisis crítico de la empresa norteamericana aclara este punto recordando en primer lugar el contexto de indiferencia hacia la teoría de Finlay, por lo que la Comisión se dedica a estudiar el bacilo de Sanarelli. Si la Comisión repitió las conclusiones del médico cubano, fue a pesar de sí misma, incluso contra sí misma. En efecto, la Comisión emprende los experimentos “no tanto por asistir a la comprobación oficial de un nuevo descubrimiento al servicio de la ciencia, sino para confirmar la derrota del doctor Finlay”.<sup>16</sup> El resto ya se conoce:



los incrédulos se ven acosados por la enfermedad que debían estudiar. La verificación es *accidental*. Establecer que Finlay se anticipó a Reed es reducir a la Comisión al papel de ejecutante; ella aprueba las ideas del médico cubano y las da a conocer al mundo científico. Enfatizar la forma de conducir los trabajos de verificación por la Comisión es contraponer a Finlay con los norteamericanos, como se opone el partidario convencido de una doctrina científica a los obreros de última hora. Al infravalorar a la Comisión Norteamericana, los historiadores cubanos realzan a Finlay.

De ahí surge la historia legendaria. Finlay poseía dones excepcionales, pues “combinada en su mente fértil las facultades de sus ancestros; el razonamiento persistente y lógico del escocés con la viva imaginación de los franceses”.<sup>17</sup> Pero sus cualidades iban a encontrar la oportunidad de expresarse. La historia de la concepción de la teoría gira en torno a dos azares. El primero es el paso de la Comisión Chaillé y el segundo la lectura del *Tratado de botánica* de Van Tieghem. De la Comisión Chaillé, Finlay percibirá el problema y de Van Tieghem la solución: “Como una afortunada coincidencia, mientras reflexionaba en todos los elementos para buscar el agente del que hablaba la Comisión Norteamericana, cae en sus manos el libro de botánica de Van Tieghem y lee en la página 1035 la descripción del ciclo evolutivo de la *Puccinia graminis*... A Finlay se le ocurrió que lo que acontecía con las plantas podía quizá reproducirse en la fiebre amarilla”.<sup>18</sup> Las consecuencias no se hacen esperar y la analogía da la hipótesis que se verifica inmediatamente por medio de inoculaciones experimentales. Así, los trabajos de Finlay marcan un umbral de científicidad.

Para los historiadores norteamericanos era cuestión de encontrar primero quiénes se habían adelantado a Finlay. Me atrevería a decir que en este aspecto Reed, Carroll y Agramonte actuaron como precursores. Desde principios de siglo, exhumaron a Nott, Dowell, Crawford y Beaupterthuy. Sobraba de dónde escoger. Sólo citaré una brillante síntesis: “Adelantándose un poco a Carlos J. Finlay... Greenville Dowell (1822-1881), John Crawford (1746-1813), Josiah C. Nott (1804-1873) y Louis D. Beaupterthuy (1807-1871) merecen un reconocimiento como los primeros observadores en haber asociado los mosquitos con las epidemias de fiebre amarilla”.<sup>19</sup>

En cuanto al análisis crítico de los trabajos de Finlay, consiste en enfatizar las continuas modificaciones hechas a su teoría, y en

especial sus fracasos: “Sus experimentos carecen de validez y de ningún modo son científicos”.<sup>20</sup> Exhibir la lista de los precursores de Finlay es mostrar que su hipótesis pertenece al acervo de las antiguas creencias sin valor. Proceder a un examen crítico de su obra es realizar una empresa simétrica e inversa a la de Reed, que implica contraponer a Finlay con Reed como se puede oponer el error a la verdad, la incertidumbre a la determinación, la torpeza a la habilidad. Al restarle valor a las investigaciones del médico cubano, los historiadores norteamericanos naturalmente dan mayor valía a las de Reed. Así, cuando la Comisión llega a La Habana, se encuentra ante un “misterio”.

De ahí surge la historia legendaria. La solución del problema sólo podía emanar de un hombre con “una fuerte personalidad; capacidad de razonamiento fuera de lo común y juicio seguro”.<sup>21</sup> Evidentemente, sus fervientes biógrafos hablan de la “personalidad genial de Reed”. Pero el genio sólo puede manifestarse en lo que pasa inadvertido para la gente común. Lo que atraiga su atención debe cumplir con dos requisitos: estar lo bastante remoto para que el talento pueda manifestarse y mantener los vínculos suficientes para ser inteligible. “Un año antes, Carter realizó un estudio estadístico profundo sobre la aparición de la fiebre amarilla... (era) el trabajo científico más importante efectuado hasta ese momento acerca de la fiebre amarilla; proporcionó el punto de partida para las investigaciones de Reed.”<sup>22</sup> De ahí se desprendió el resto: Carter da la hipótesis adecuada a partir de sus observaciones y ésta se verifica inmediatamente por medio de inoculaciones experimentales. Así, la obra de Reed marca un umbral de cientificidad.

Los historiadores no renunciarán fácilmente a sus leyendas, las cuales manifiestan, de hecho, una serie de errores. He aquí unas cuantas aclaraciones dirigidas a ellos. Para ver a Finlay como el precursor de Reed, se debe olvidar que los trabajos de Ross marcan una línea divisoria. Para ver a Beauperthuy como predecesor de Finlay, se debe olvidar que los trabajos de Manson marcan la diferencia. De esto se desprenden los errores de lectura, pues recurrir a los precursores presupone confundir la presencia de una palabra con la de un concepto. Así como los historiadores cubanos interpretan en Finlay la expresión de “huésped intermediario” como el vehículo del concepto; en igual forma, los historiadores norteamericanos toman en Beauperthuy la palabra “mosquito” como la noción

de agente de transmisión. Tal como ya vimos, Finlay señalaba la existencia de un proceso relacionado con el incremento de la cantidad de veneno, y no mencionaba ningún ciclo. En cuanto a Beauverthuy, no hablaba de la transmisión de los gérmenes de hombre a hombre, sino de la transportación del veneno del pantano al hombre: “Los accidentes de la fiebre amarilla me parecen deberse también a la introducción en el sistema de jugos sépticos bombeados por insectos en el litoral”.<sup>23</sup>

Cuando los historiadores cubanos conciben la empresa de la Comisión como un desafío lanzado por una banda de oportunistas incrédulos, olvidan lo más importante, a saber, que los norteamericanos comprendieron la necesidad de un periodo de incubación de los gérmenes en el cuerpo del insecto. Asimismo, cuando los historiadores norteamericanos ven en la obra de Finlay la expresión de una creencia tan frágil que no dejaba de variar sus modalidades, ocultan el punto más importante: que el médico cubano consideró que el mosquito era el agente de transmisión. Por ese motivo existe una percepción confusa del objeto tratado; y en este punto, los comentarios de tipo psicológico nada tienen que ver con el análisis de las reglas a las que obedece la formación de la hipótesis o la demostración experimental.

En última instancia, subrayar la función heurística de la analogía con el ciclo de la *Puccinia graminis* es colocar a Van Tieghem en el lugar de Manson, de la misma forma en que insistir en el papel de las observaciones sobre el periodo de incubación extrínseca es sustituir a Carter por Ross. Por eso surgen los contrasentidos. Los historiadores cubanos no se dieron cuenta de que la cronología no es elástica. ¿Cómo se puede mencionar la lectura del *Tratado de botánica* publicado en 1884 para explicar un descubrimiento hecho en 1881? Se puede argüir la existencia de alguna otra fuente de información que Finlay, por añadidura, hubiera olvidado citar. Esto es imposible. En 1882, se suscita una discusión en la Academia de las Ciencias de La Habana en torno a la enfermedad de los cocoteros, producida por un hongo clasificado justamente en el género *Puccinia* de Tulasne. Si Finlay hubiera sabido que al suprimirse el agracejo cesaba la enfermedad del trigo, sin duda se hubiera preguntado si el parásito del cocotero sufría una transformación análoga a la de la *Puccinia graminis*. Ahora bien, Finlay declara: “He dicho que estoy de acuerdo en que se corten y se quemem los cocoteros



enfermos... porque no se conoce aún con certeza la materia del contagio ni su modo de transmisión”.<sup>24</sup> En cuanto a los historiadores norteamericanos, no vieron que las observaciones de Carter sólo adquirirían significado a la luz de los trabajos de Ross sobre la malaria.

### Las relaciones de poder

Tal como lo vimos anteriormente, en 1900 el jefe del ejército de ocupación organizó un banquete en honor de Finlay. Fue el primer homenaje público y la primera celebración de una famosa colaboración. Políticamente, la iniciativa era hábil. Colmaba de orgullo a la élite cubana, era un reconocimiento a los miembros de la Comisión y legitimaba, una vez realizada, la intervención norteamericana: “La confirmación de las doctrinas del Dr. Finlay, dijo Wood forzando un poco la nota, es el paso más grande que se ha dado en la ciencia médica después del descubrimiento de la vacuna de Jenner, y este hecho por sí solo justificaba la guerra con España”.<sup>25</sup>

Pero habrá que esperar hasta 1955 para volver al espíritu y ambiente cordiales del banquete, aun cuando no faltaron las oportunidades. Por ejemplo, en 1933, el 3 de diciembre (el “American Medical Day” por decisión de la Panamerican Association), los Estados Unidos hubieran podido unirse a Cuba para festejar el centenario del nacimiento de Finlay. En 1955 surgió finalmente una coyuntura favorable. Un centenario muy diferente de los demás, la conmemoración de la entrega del diploma de medicina a Finlay hecha por el Jefferson Medical College de Filadelfia en 1855.

El homenaje no careció de alicientes. Por una parte, el dictador Batista dio la imagen de un presidente atento a los problemas de salud pública y en recompensa recibió el título de “Doctor Honoris Causa in Humanities”. Por otra parte, los norteamericanos enfatizaron la participación de los Estados Unidos en la formación del médico cubano. Discípulo de Silas Weir Mitchell, sin duda Finlay había adquirido en Filadelfia las cualidades intelectuales que le permitieron hacer su descubrimiento. Cien años después de su paso por el Jefferson Medical College, el Tío Sam le concedía el privilegio de convertirse, en forma póstuma, en “un famoso hijo nuestro”.<sup>26</sup> Esta conmemoración fue la expresión fugitiva y cínica del sueño

imperialista, la política imposible del “buen vecino”, aun en el sentido científico. La excepción confirma la regla.

En efecto, cuando los norteamericanos no omiten la obra del médico cubano, enfatizan enérgicamente la controversia: “Hoy se aclama a Finlay en toda América Latina como el verdadero héroe descubridor de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito. Sin embargo, América del Norte no comparte la misma opinión, pues no demostró con hechos su teoría”.<sup>27</sup> Por “descubrimiento”, los norteamericanos se referían a la designación del mosquito como huésped intermediario, clave de la producción de un caso experimental. Por “descubrimiento”, los cubanos se referían a la selección de la especie adecuada. Se conocen algunas propuestas para bautizar al mosquito *Stegomyia finlayensis*. Theobald, autoridad en materia de clasificación, responderá a esto con el argumento del respeto a la prioridad, *Stegomyia fasciatus fabricus*. La oposición era irreductible. Unos y otros se apegaban al elemento que les parecía más sobresaliente: en ocasiones la captura del insecto resumía la teoría y otras veces el manejo de éste se presentaba como lo más importante. No les faltaban motivos... Era menester identificar primero la teoría con Finlay o con Reed, para ver en ellos los símbolos de la nación cubana o de la norteamericana.

Así pues, el debate estaba muy lejos de circunscribirse a una cuestión de prioridad. Sería erróneo creer que el problema continuó a todo lo largo del siglo xx porque las posiciones eran irreconciliables. Bajo el cariz de un enfrentamiento por el título de la gloria científica, es mejor percibir las relaciones de poder en juego. Los norteamericanos ponen al frente a Reed para minimizar a Finlay y marcar la supremacía de una medicina “triumfante” sobre la medicina de una nación dominada. Los cubanos contraponían a Finlay con Reed para indicar la resistencia a la empresa de los Estados Unidos en Cuba. Con toda seguridad, esta lucha se oponía a las formas de dominación étnica e incluso cultural. El nombre de Reed, y esto es lo menos que se puede decir, no era grato a los oídos de los cubanos: “Se trata de las más claras expresiones de la provocativa arrogancia y de la injusticia con la que no pocos norteamericanos, consideran a Cuba, llevados de una infundida idea de superioridad”.<sup>28</sup>

Para comprender esta controversia, deben recordarse brevemente sus antecedentes. Antes de que Finlay y Reed se volvieran figuras



emblemáticas, el azote del despotismo y el de la fiebre amarilla se veían como un solo enemigo: “No sólo luchamos por librar a Cuba de la tiranía española, sino también por librar a América del mal español”.<sup>29</sup> Esta convicción, impulso de los demócratas norteamericanos, quizá era compartida por los patriotas cubanos. En todo caso, la verdad era que los Estados Unidos y Cuba luchaban juntos contra la opresión del Viejo Mundo. Al iniciarse el siglo se celebró una doble victoria en forma conjunta, pues no sólo se hallaba vencida España, sino que no tardaría en correr la misma suerte la fiebre amarilla. Un éxito sanitario se convertía en la prolongación de un éxito militar, e incluso humanitario. Por un instante, los cubanos pudieron creer que el sobrino de McKinley había apresurado la realización del sueño de Martí, caído cinco años antes en el campo de Dos Ríos. Sólo por un instante, pudieron creer en la materialización del sueño de Finlay efectuada por Reed, a saber, la erradicación del mal mediante la destrucción de los mosquitos.

Pero muy pronto se vio que Theodore Roosevelt, sucesor de McKinley, no compartía los ideales de Martí. En esa época, el imperialismo ya era la causa principal. La enmienda Platt que colocaba la independencia de Cuba bajo la salvaguardia de Estados Unidos, humillaba al pueblo cubano y le abría los ojos acerca del sentido de la intervención norteamericana: los Estados Unidos venían a sustituir a España. Fue en ese momento, y sólo entonces, que los nombres de Reed y de Finlay se convirtieron en signos patentes e indiscutibles de los valores en pugna. Reed ya no sólo era el “conquistador” de la fiebre amarilla, sino que también encarnaba las ambiciones de Roosevelt. Reed era uno de los más prestigiados promotores de la gran obra pacificadora; a él se debían “el progreso del comercio y de la civilización, la regeneración de América Latina”.<sup>30</sup> En cuanto a Finlay, no sólo era el autor de una doctrina revolucionaria, sino que también encarnaba el ideal de Martí. Finlay era uno de los más ilustres representantes del genio cubano, y su nombre compendia las reivindicaciones de dignidad del pueblo oprimido.

Por esta causa se introdujo en la sociedad un discurso mítico, discurso también profundamente político, que debe considerarse como un conocimiento de la historia, una forma de *dar a conocer*, es decir un uso social del mensaje histórico. Este discurso tuvo varios pilares. Habita en los lugares de la memoria, recorre los canales

de información y, además, utiliza los medios de la propaganda a gran escala, como el teatro, el cine y la televisión.

En primer lugar hablaremos de los lugares de la memoria. Desde 1905, se colocó un busto de mármol de Walter Reed en el National Museum de Washington. En 1916 se develó un monumento en honor de Finlay en el jardín del Ministerio de Salud Pública. Pero estas pruebas de reconocimiento distaban mucho de satisfacer las vanidades nacionalistas. En los Estados Unidos, Hemmeter proporciona un esbozo: “Un monumento que representa al genio de la historia brinda a la medicina norteamericana los laureles de la inmortalidad, para conmemorar los descubrimientos y el martirio de la Comisión Norteamericana contra la fiebre amarilla”.<sup>31</sup> En Cuba, se quería erigir a la entrada del puerto una majestuosa y severa estatua de Finlay “para que todo viajero o todo inmigrante sepa que, si bien Colón descubrió América, fue Finlay quien la hizo habitable”.<sup>32</sup>

Pero pronto hubieron de abandonarse estos proyectos grandiosos para dedicarse a tareas más prosaicas. Sólo consignaré en este libro el incidente más sonado. Los bustos de Reed y de Gorgas se encuentran en el “Hall of Fame” de la Universidad de Nueva York. La ausencia del busto de Finlay confirma la negación de “las glorias legítimas del gran cubano y de la nación antillana donde naciera y culminara su descubrimiento extraordinario”.<sup>33</sup> En 1956, W. Duvon Corbitt, un “amigo de Cuba”, emprende una campaña para promover a Finlay. Con este motivo se movilizaron los clubes rotarios que, como se sabe, contribuyen al acercamiento de los pueblos. En 1960 viene la decepción: el busto de Finlay no puede figurar en el “Hall of Fame”, pues Finlay no era ciudadano norteamericano.

Seguiremos con los instrumentos de difusión del saber. Se puede leer en el *American Medical Biographies*: “Reed, Walter (1851-1902).

Walter Reed, presidente de la Comisión Norteamericana contra la fiebre amarilla, a quien se debe el descubrimiento de la forma de propagación de esta enfermedad”.<sup>34</sup> Rodríguez Expósito se vio obligado a reconstruir todo. Por una parte, que se aceptara su afirmación sobre el ilustre cubano: “Finlay, médico cubano, nacido en Camagüey, Cuba, el 3 de diciembre de 1833, descubridor del medio de transmisión de la fiebre amarilla”.<sup>35</sup> Por otra parte, tenía que borrar el error por doquiera que se encontrara, como manuales de enseñanza, libros de divulgación, diccionarios y enciclopedias. Una

labor imposible. Lo único que podía hacerse era mantener constantemente la vigilancia. Los historiadores cubanos ejercieron esta función de policía. Para dar un ejemplo, en 1910 Osler da una conferencia en la escuela de Medicina Tropical de Londres sin mencionar a Finlay. Reacción inmediata de Guiteras: “Finlay participa en igualdad de términos, según mi modo de ver, en la gran gloria del descubrimiento, quitándole, naturalmente, el carácter de un triunfo exclusivamente americano”.<sup>36</sup>

Para finalizar, los medios de propaganda a gran escala. En 1934, *Yellow Jack*, obra escrita por Sidney Howard y Paul de Kruif, autor del inenarrable best-seller *Microbe Hunters* (1928), fue un sonado éxito en Nueva York. La Metro Goldwyn-Mayer lleva enseguida la obra a la pantalla. Esto provoca la indignación de los cinéfilos cubanos, pues aunque Finlay aparece en la película, es una figura caprichosamente desfigurada: “Un Finlay de monóculo y patillas de marino viejo, que jamás usó... En cuanto al descubrimiento científico de Finlay, no aparece claramente reconocido, ocupando nuestro compatriota un lugar inferior, y presentándose al Dr. Reed en un plano superior”.<sup>37</sup> La respuesta no tarda en llegar y Domínguez Roldán escribe un drama cinematográfico en cinco actos sobre la vida y la obra del ilustre cubano. El guión reconstruye los episodios históricos que culminarán con la erradicación del mal gracias al descubrimiento de Finlay.

Para concluir, el incidente espectacular y deplorable que desencadenó las pasiones, el programa de televisión de *La pregunta de los 64 000 dólares: ¿Quién fue el vencedor de la fiebre amarilla?* Respuesta ganadora: “Walter Reed”. Esta vez la indignación es tal que el caudillo Batista se lanza al ruedo, afirmando que, evidentemente, a quien se debe este descubrimiento es al estudioso Finlay. Steven Carlin, el productor de la emisión, rectifica en forma honrosa, agradece el interés de los cubanos en su programa televisado y reconoce asimismo la gloria de Finlay.

Únicamente el otorgamiento de un premio hubiera podido poner fin al conflicto. En 1907, Finlay recibió la medalla Mary Kingsley, pero Gorgas ya la había obtenido. Se pensó en el premio Nobel y en 1904 Ross propuso a Finlay, pero la Comisión Norteamericana también contaba con sus adeptos. Para 1906, Howard discutía con Ross la candidatura de Carroll. Finalmente se pensó en alianzas: en los Estados Unidos se sugería la de Carroll y Agramonte; en Cuba,

la de Agramonte y Finlay. Fueron muy mal vistas, pues la primera constituía una afrenta para los cubanos al coronar a dos miembros de la Comisión Reed; y a la inversa, la segunda era incómoda para los norteamericanos al coronar a dos cubanos.

Los finlayenses, entonces, empezaron a asediar los Congresos Internacionales de Historia de la Medicina. Lo hicieron en el momento oportuno y encontraron un auditorio complaciente. En 1935, la Delegación Cubana logra que el X Congreso de Madrid reconozca el papel primordial de Finlay, así como la usurpación norteamericana. En 1954, hace ratificar por segunda vez el acuerdo de 1935 por el XIV Congreso de Roma. Dos años después, hace ratificar por tercera vez los acuerdos de Roma por el XV Congreso de Madrid. Y es que mientras tanto había ocurrido el incidente diplomático del concurso de televisión: “Se ratifica una vez más que sólo a Carlos J. Finlay, de Cuba, y sólo a él, corresponde el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla”.<sup>38</sup>

---

#### Notas

1 Citado por F. Domínguez Roldán, *Carlos J. Finlay, son centenaire (1933), sa découverte (1881)*, París, 1935, p. 132.

2 “Carta de Finlay a Delgado” (2 de enero de 1901), *O.C.*, t. VI, p. 13.

3 Citado por W. Bean, *Walter Reed. A Biography*, Charlottesville, 1982, p. 178.

4 W. Reed, “The Propagation of Yellow Fever - Observations based on Recent Researches” (1901), en *Yellow Fever*, Washington, 1911, p. 95.

5 “Carta de Finlay a Manson” (septiembre de 1908), *O.C.*, t. VI, p. 129. En otros documentos aparece la misma confesión: “Yo no tenía aún idea de los conceptos más modernos que se refieren al desenvolvimiento del parásito en las glándulas salivares del mosquito infectado” (“Método para extirpar la fiebre amarilla recomendado desde 1899” (1902), *O.C.*, t. III, p. 83).

6 Ch. Finlay, “La fiebre amarilla, su transmisión por intermedio del *Culex mosquito*” (1886), *O.C.*, t. I, p. 413. Finlay había expresado esta idea dos años antes; cf. “Fiebre amarilla experimental comparada con la natural en sus formas benignas” (1884), *O.C.*, t. I, pp. 336 y 337. Tal como ya vimos, esta suposición le permitía soslayar la objeción de Corre, hecha precisamente en 1883.

7 Ch. Finlay, “Transmisión de la fiebre amarilla por el *Culex mosquito*” (manuscrito de 1891), *O.C.*, t. III, p. 174. Consultar asimismo “Factores climatológicos concernientes a la propagación de la fiebre amarilla en La Habana” (1893), *ibid.* p. 130, que fue de donde surgió la notable explicación de la epidemia de San Nazario. Sobre la confusión que reinaba sobre este punto, cf. el minucioso estudio de W. Coleman, *Yellow Fever in the North*, Wisconsin, 1987, pp. 79-138. En esa época, Hammond fue uno de los pocos médicos que adoptó las ideas de Finlay; cf. “What Purpose Mosquitoes Were Created?”, *Science* 8, 1886, p. 436a.

8 Ch. Finlay, "Método para extirpar la fiebre amarilla recomendado desde 1889" (1902), *O.C.*, t. III, p. 82. Se trata de un hongo parásito que ataca el trigo y cuyas esporas, diseminadas por el viento, germinan únicamente en el agracejo, y a su vez las esporas de éste sólo pueden germinar en el trigo. Consultar Bary, "Nouvelles observations sur les urédinées", *Annales des Sciences Naturelles*, Botanique, V, 1886, pp. 262-274. Este descubrimiento de Bary sobre la heteroecia confirma la creencia según la cual el trigo padece el ataque de la roya cuando crece cerca del agracejo. Por eso surgió la idea de extirpar el agracejo; acerca de este punto, consultar F. Brooks, *Plant Diseases*, Londres, 1928, p. 237.

9 "Session de l'Académie des Sciences de La Havane" (12 de marzo de 1882), *O.C.*, t. IV, p. 330. Consultar asimismo Ch. Finlay, "Consideraciones acerca de algunos casos de filariosis observados en La Habana" (1882), *ibid.*, p. 22. Se sabe que Van Tieghem no habló del "huésped intermediario", sino "de un ciclo de desarrollo dividido en dos partes con cambio de huésped al medio (Ph. Van Tieghem, *Traité de botanique*, París, 1884, p. 1038. Por lo anterior se desprende que efectivamente Finlay leyó los trabajos de Van Tieghem en 1886, pero para entresacar otros puntos: "Por una serie de cuidadosos experimentos me esforcé en determinar cuáles fuesen las cinco temperaturas límites aplicables a este insecto, al modo de las que señaló Van Tieghem en su *Traité de botanique* (París 1884, p. 88), como críticas para las semillas y plantas." ("La temperatura atmosférica considerada como factor esencial en la propagación de la fiebre amarilla" (1907), *O.C.*, t. III, p. 345).

10 Ch. Finlay, "Teoría del mosquito de Finlay antes y después de la investigación oficial sobre la misma" (1901), *O.C.*, t. III, pp. 35 y 36. Aparece la misma afirmación en "Reseña de los progresos realizados en el siglo XIX en el estudio de la propagación de la fiebre amarilla" (1901), *ibid.*, p. 12 y en "Dos maneras distintas de transmitirse la fiebre amarilla por el *Culex* mosquito (*Stegomyia taeniata*)", *ibid.*, p. 47. Sin embargo, un rápido examen del contexto muestra que Finlay da una versión que carece de credibilidad. En noviembre de 1889, Finlay realiza dos operaciones. Primero, equipara la malaria con el cólera y con la fiebre tifoidea en cuanto a su relación con la forma de propagación descubierta poco tiempo antes: "Esos insectos (las moscas) tenían allí campo abierto para recoger, en las evacuaciones de los enfermos, los hematozoarios contenidos en la sangre extraída... y también para depositarlos en los alimentos o bebidas". Posteriormente, Finlay equipara la fiebre amarilla con la fiebre de Texas, comparando siempre la forma de propagación: "Habiéndose contaminado el mosquito, los gérmenes patógenos no se limitan a invadir los huevos, sino que además invaden sus glándulas salivales y las del veneno, con cuyas secreciones podrán esos gérmenes penetrar en el trayecto del piquete" (Ch. Finlay, "Los mosquitos considerados como agentes de la transmisión de la fiebre amarilla y de la malaria" (1898), *O.C.*, t. II, p. 252). De paso, se puede observar que la primera conjetura procede de Sternberg; cf. "Yellow Fever", en A. Loomis and W. Thomson, *A System of Practical Medicine*, Londres, 1897, t. I, p. 271, y la segunda de Koch, cuya conferencia tradujo Finlay cuando el primero regresó de África; cf. "Experiencia médica de Robert Koch en los trópicos" (1898), *O.C.*, t. IV, pp. 199-203. Ahora bien, por haber imaginado y descrito un proceso en los mismos términos que Ross, Finlay no produce el concepto. Por una parte, suponer el paso transovárico de los gérmenes amarillos necesariamente conduce a pensar en las glándulas salivales y en el veneno como vía de salida en los mosquitos procedentes de huevecillos infectados. De esta forma, la suposición según la cual los gérmenes serían expulsados a través de las



glándulas salivales o de veneno de un mosquito que hubiese picado a un enfermo, era la prolongación de esta implicación lógica.

11 W. Reed, "The Propagation of Yellow Fever - Observations based on Recent Researches" (1901), en *Yellow Fever*, Washington, 1911, p. 96.

12 *Ibid.*, pp. 92 y 93.

13 "Carta del 26 de febrero de 1902", National Library of Medicine, citada por D. Richter, "Henry R. Carter - An Overlooked Skeptical Epidemiologist", *The New England Journal of Medicine* 277, 1967, p. 734b.

14 W. Reed, "Recent Researches concerning the Etiology, Propagating and Prevention of Yellow Fever" (1902), en *Yellow fever*, Washington, 1911, p. 166.

15 F. Domínguez Roldán, *Carlos J. Finlay, son centenaire (1933), sa découverte (1881)*, París, 1935, p. 127. Esta aseveración se encuentra escrita por la pluma de la mayoría de los historiadores cubanos, cf., p. ej., J. López Sánchez: "Las conclusiones de Finlay y las de la Comisión Médica Militar de los Estados Unidos fueron esencialmente las mismas", *La doctrina finlayista*, La Habana, 1981, p. 28.

16 C. Rodríguez Expósito, "Finlay", *Cuadernos de historia de la salud pública* 20, 1962, p. 110.

17 J. Guiteras, "Dr. Carlos Finlay, Biographical Notes", *O.C.*, t. I, pp. 14 y 15.

18 F. Domínguez Roldán, *op. cit.*, pp. 30 y 31. Es la explicación preferida de los historiadores cubanos; cf. J. López Sánchez, *La doctrina finlayista*, La Habana, 1981, pp. 12, 13, 26, 27 y 38; S. Amaro Méndez, *Alas amarillas*, La Habana, 1983, pp. 44 y 45.

19 Chauncey D. Leake, "Stories of the Men who conquered Yellow Fever", en A. Smith, *Yellow Fever in Galveston 1839*, Austin, 1951, pp. 126 y 127. Para no omitir punto alguno, Carroll, Agramonte y Ross dijeron que Finlay tenía conocimiento de los trabajos de Manson. No sólo dan pruebas de ello, sino que la afirmación está hecha con el único fin de disminuir el valor de lo hecho por Finlay. Cf. J. Carroll, "A Brief Review of the Aetiology of Yellow Fever", *The New York Medical Journal* 79, 1904, p. 307a; A. Agramonte, "An Account of Dr. Louis Daniel Beauprethuy, a Pioneer in Yellow Fever Research", *Boston Medical and Surgical Journal* 158, 1908, p. 928a; R. Ross, *Memoirs with a Full Account of the Great Malaria Problem and its Solution*, Nueva York, 1923, p. 123.

20 G. Nuttall, "In Memoriam. Walter Reed", *The Journal of Hygiene* 3, 1903, p. 294.

21 S. Adams, "Memorial Meeting of the Medical Society of the District of Columbia, held in December 31, 1902", en *Yellow fever*, Washington, 1911, p. 34.

22 M. Gorgas y B. Hendrick, *William Crawford Gorgas, his Life and Work*, Filadelfia-Nueva York, pp. 100 y 101.

23 D. Beauprethuy, "Recherches sur la cause du choléra asiatique, sur celle du typhus icteroïde et des fièvres marécageuses", *Comptes rendus hebdomadaires des Séances de l'Académie des Sciences* 42, 1856, p. 692.

24 "Enfermedad de los cocoteros" (sesión del 22 de marzo de 1882), *O.C.*, t. IV, p. 15. No se tomó en cuenta que el problema se plantearía en igual forma en 1889: "El *Uredo cocivoro* de Ramos debe sufrir análogas transformaciones al *Puccinia* del trigo, puesto que es como éste, un hongo heteroico; por lo tanto, es de importancia capital el sabe cuál es la planta que en la enfermedad del cocotero hace el papel del agracejo... porque su extirpación sería un medio para contrarrestar la epidemia" (D. Tamayo, "La enfermedad de los cocoteros", *Crónica médico-quirúrgica de La*



*Habana* 15, 1889, p. 485). Sin error alguno, se puede suponer que Finlay utilizó posteriormente este artículo de Tamayo para probar que él ya había contemplado el concepto de "huésped intermediario" y sugerido un recurso seguro para erradicar la fiebre amarilla. A fin de cuentas, los historiadores no dieron prueba de la misma prudencia que Finlay, quien se cuidó mucho de decir que esta analogía lo había llevado a concebir la idea del mosquito como vehículo. De todos modos, en el caso de la *Puccinia graminis*, el agente de transmisión es el viento. De esta forma, si Finlay hubiera podido considerar esta analogía, hubiera caído en la crítica de la teoría del nido, por lo que la habría rechazado.

25 L. Wood, citado en F. Domínguez Roldán, *Carlos J. Finlay, son centenaire (1933), sa découverte (1881)*, París, 1935, p. 11. En 1943, Sol Bloom pronunció un discurso ditirámico ante la cámara de representantes. Reconoce la prioridad de Finlay, pero también da los motivos por los cuales no se le conocía bien en los Estados Unidos, entre otros, la brillante verificación y la espectacular erradicación eclipsaron los trabajos tan austeros del genial cubano (cf. Sol Bloom, "Dr. Carlos J. Finlay", *Booklet on Sanitation History* 13, 1959, p. 10).

26 G. Leader, "Día centenario del Dr. Carlos Finlay", *Cuadernos de historia sanitaria* 15, 1959, p. 94.

27 L. Howard, *A Half Century of Public Health*, Nueva York, 1921, p. 241.

28 H. Portell Vila, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, 1941, p. 105.

29 "The First Battle against Yellow Fever", *Medical Record* 54, 1898, p. 126b.

30 P. Ashburn, *A History of the Medical Department of the United States Army*, Boston, Nueva York, 1929, p. 263.

31 J. Hemmeter, *Masters Mind in Medicine*, Nueva York, 1927, p. 311.

32 S. Fernández, "Homenaje a Finlay", en *Sanidad y beneficencia* 20, 1918, p. 15. Domínguez Roldán tenía un proyecto todavía más espléndido. En Panamá: "A Finlay, América querrá destinarle el sitio más alto de la Culebra para colocar ahí su estatua, para que así pueda contemplar la gigantesca obra resultado de su genial descubrimiento" (*Carlos J. Finlay, son centenaire (1933), sa découverte (1881)*, París 1935, p. 263).

33 C. Rodríguez Expósito, "Finlay: polémica permanente", *Cuadernos de historia de la salud pública* 17, 1956, p. 18.

34 H. Kelly y W. Burrage, *American Medical Biographies*, Baltimore, 1920, p. 965a.

35 C. Rodríguez Expósito, "En homenaje a Finlay", en "Trabajos académicos y otros estudios", *Cuadernos de historia de la salud pública* 70, 1985, p. 204.

36 J. Guiteras, "Dr. Osler's Address" on "The Nation and the Tropics and Dr. Finlay", *Sanidad y beneficencia* 20, 1918, p. 124.

37 E. Roig de Leuchseuring, *Médicos y medicinas en Cuba*, La Habana, 1965, pp. 139 y 140.

38 H. Abascal, C. Rodríguez Expósito, "Permanencia de la doctrina de Finlay ante el XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina", *Cuadernos de historia sanitaria* 11, 1957, p. 51. En 1971 se hizo una cuarta solicitud. Esta vez, los cubanos se sintieron amenazados por las pretensiones de Rosario Beaupertuy de Benedetti, quien afirmó la prioridad de Beaupertuy. Cf. C. Rodríguez Expósito, "Finlay por cuarta vez ante el Congreso Internacional de Historia de la Medicina", *Cuadernos de historia de la salud pública* 52, 1971.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS